

¡Maldito seas!

Comedia en dos actos

Antonio Ruiz Negre

PERSONAJES

(Por orden de intervención)

EULOGIA, 38 años.

JOSÉ, 55 años.

MARTA, 42 años.

PEPÍN, 22 años.

TERE, 20 años.

JULIA, 45 años.

Descripción de escena

La acción se desarrolla en la sala de estar de una vivienda de nivel medio, más bien bajo, en la época actual. A efectos de situación, los términos izquierda y derecha se considerarán vistos desde el público.

En el primer término del foro derecha se emplaza una entrada, que comunica el resto de la casa a través de un corredor, cuyo forillo se aprecia un tanto falto de luz. Al foro izquierda junto al lateral una ventana no muy grande, abocada a un patio interior, con visillos semi corridos. Una puerta practicable en primer término del lateral derecha, que conduce a una alcoba.

Sobre el lateral izquierdo un mueble-bar-biblioteca, con televisor, libros, y cualquier otro objeto que contribuya a mostrar dicho mueble recargado en exceso. Sobre el lateral derecho entre puerta y foro, un sofá barato y mesita de centro frente a él con alguna revista. En el foro, entre entrada y ventana, un sillón y dos sillas. Junto al sillón una lámpara de pie sencilla. Sobre las paredes

algunas láminas de escaso interés artístico.

Situada en segundo término a izquierda transversalmente, de espaldas a la ventana y dando frente al primer término derecha, hay una silla-camilla de ruedas de inclinación graduable, ocupada permanentemente por EULOGIA.

Entre la cabecera de la camilla y el mueble, una tabla de plancha portable. Sobre una silla próxima, habrá una bandeja con ropa que planchará MARTA cuando lo indique el guión.

Acto I

Escena I

EULOGIA, DON JOSÉ y MARTA.

Al levantarse el telón, DON JOSÉ, médico de cabecera de edad indefinida, está tomando la tensión a EULOGIA auxiliado por MARTA, que le sostiene el brazo en una posición conveniente. EULOGIA, que está aquejada de tetraplejia, sólo tiene movilidad en la cabeza. MARTA, su hermana, rezuma amargura por todos sus poros.

EULOGIA.- ¿Estoy alta o baja?

JOSÉ.- No hable ahora, por favor. (**Ausulta, observa el aparato y da por finalizada la operación.**) Dieciséis y ocho... Un poco alta, con la mínima normal. (**Le quita el aparato que irá guardando mientras interpreta.**)

MARTA.- ¿Tendremos que seguir aún con las pastillas?

(Acomoda a EULOGIA el brazo sobre el cuerpo.)

JOSÉ.- Sólo una por la mañana durante tres días... y en la próxima visita y a veremos cómo se mantiene. Lo que sí debe evitar es el exceso de sal en las comidas. Ha de procurar

reducirla al mínimo posible.

EULOGIA.- Comer sin sal es igual que no comer... Me resulta abominable cualquier tipo de guiso insípido.

JOSÉ.- En eso coincido con usted, ¿ve? Yo me tengo por amante de la buena mesa y me desagradan las comidas sosas, pero está claro que todo tiene sus inconvenientes, y en su caso particular la sal le perjudica notablemente.

EULOGIA.- (**Amarga e irónica.**) ¡Ya ves lo que son las cosas! ¡Ahora resultará que la sal puede minar mi salud!... ¡Mi maravilloso estado de salud!...

JOSÉ.- ¡Vaya! La encuentro bastante desanimada.

EULOGIA.- ¿Es que no tengo motivos para estarlo?

JOSÉ.- Pues sí, a qué negarlo, pero ¿sabe usted una cosa? Desde hace varios días estaba pensando en la conveniencia de contarle un caso clínico, que quizá le sirviera para hacerse alguna reflexión.

EULOGIA.- ¿Y eso?...

JOSÉ.- Tengo una paciente, aquejada de tetraplejia como usted, que además debe permanecer permanentemente ligada a un aparato de respiración asistida.

MARTA.- ¿Quiere decir que no puede respirar por sí misma?...

JOSÉ.- En efecto. Su estado se agravó con distintas complicaciones y desde hace tres meses le resulta imposible hacerlo sola, ¿y sabe lo que dice?... Que le da gracias a Dios cada mañana por permitirle ver, oír, y hablar.

MARTA.- ¡Pobre mujer!

EULOGIA.- (**Con cierto tono agresivo.**) Según eso yo tendría que dar todavía las gracias por poder además respirar y mover la cabeza, ¿no es eso? Aunque el resto del cuerpo no responda a mi voluntad.

MARTA.- ¡Eulogia!...

JOSÉ.- Déjela.

EULOGIA.- (**Sin interrumpirse.**) Aunque tenga que estar pidiendo ayuda para todo, ¿no? Para que me rasquen si noto desazón, para que me ahuyenten las moscas, para que alteren mi posición cada hora, para que me laven, para que me

cambien. ¡Que hasta he de llevar «paquete» como los críos!

MARTA.- ¡Eulogia por favor! ¿Pero qué ganas tomándote las cosas así?...

EULOGIA.- ¿Que qué gano?...

JOSÉ.- Déjela, Marta... A su hermana le beneficia desahogarse de vez en cuando. Esos ataques de mal humor le ayudan a eliminar una buena dosis de adrenalina.

EULOGIA.- ¡Vaya hombre!, ¿no te digo?, ¡hasta eso! ¡Si resultará que para usted todo es bueno!...

JOSÉ.- No, Eulogia, para mí no es bueno todo. ¡Ni mucho menos!... Para mí sólo es bueno conseguir evitar en la medida de lo posible, dolores a mis pacientes, mejorar en lo que cabe su estado físico y moral... y cuando por lo que sea eso no resulte factible, conseguir con los medios a mi alcance que no se deterioren más.

EULOGIA.- (Con sorna.) Total, las normas de doctrina hipocrática llevadas a su máximo extremo.

JOSÉ.- (Conmiserativo.) Si usted lo quiere entender así... (Sacando del maletín, en el que ha guardado todos los instrumentos, un frasquito de grageas. A MARTA.) De estas grageas le dará una cada noche cuando ya esté en la cama.

EULOGIA.- ¿Qué es, un somnífero?

JOSÉ.- No. Es sólo un sedante bastante suave, que no le perjudicará y que le ayudará a conciliar el sueño.

EULOGIA.- No lo quiero.

JOSÉ.- ¿Cómo que no lo quiere?...

MARTA.- No le haga caso, don José.

JOSÉ.- Usted debe dormir un mínimo de ocho horas. Lo necesita. Síquicamente el sueño le beneficia...

MARTA.- Pues a pesar de que ella lo sabe, me consta que hace cuanto puede, por permanecer despierta el mayor tiempo posible cada noche.

JOSÉ.- (A EULOGIA.) ¿Es cierto eso?

EULOGIA.- (Evasiva.) Yo no quiero dormir.

JOSÉ.- ¿Por qué?

EULOGIA.- (Pausa breve.) Porque quiero estar despierta cuando me llegue la muerte.

MARTA.- (Contrariada.) ¡Vaya, hombre! ¡Ya salió con la cantata de todos los días! ¡Si me extrañaba a mí que tardaras tanto hoy en mencionar el asunto!...

JOSÉ.- Dígame una cosa, Eulogia. ¿Teme usted a la muerte, o tal vez la desea?

EULOGIA.- ¿Qué quiere decir?

JOSÉ.- Sencillamente eso. Que cómo se plantea usted la llegada de la muerte.

EULOGIA.- (Dudando.) La verdad es que me asusta... Pero no el hecho de morir, sino cómo he de morir... Me aterra pensar que me sobrevenga encontrándome sola, sin nadie en ese momento junto a mí.

JOSÉ.- ¿Cree que eso cambiaría las cosas?

EULOGIA.- Pues no... tal vez no, pero me asusta... Sin embargo, es cierto que otras veces la deseo...

JOSÉ.- ¿Y eso?...

EULOGIA.- Cuando pienso que ya son cuatro los años que llevo tumbada en esta odiosa camilla, cuatro largos años transcurridos, desde aquella maldita caída que me dejó convertida en un vegetal...

JOSÉ.- Pero usted no es un vegetal, Eulogia. Usted tiene una mente activa, y piensa, percibe, siente... habla, oye, ve, y manifiesta sus preferencias en el acto de alimentarse... Un estado vegetal es algo muy distinto.

EULOGIA.- No insista, don José. Yo sé cuales son mis limitaciones y sé hasta qué extremo me veo obligada a depender de la gente que me rodea.

MARTA.- Hablas como si nosotros fuéramos extraños. Esa «gente que te rodea» somos tu familia; tu hermana y tu sobrino.

EULOGIA.- (Burlona.) ¿Qué le parece don José? Mi hermana y mi sobrino. ¡Ya ve!, una hermana viuda mayor que yo, con un hijo subnormal al que debo «la suerte» de encontrarme en este estado.

MARTA.- (Compungida.) No digas eso, mujer... Primero que Pepín no es subnormal, es retrasado, de mentalidad

infantil... y segundo que aquello fue un accidente. Él no te tiró de la escalera... ¡Bastante que lleva llorado el pobre por verte en ese estado!

EULOGIA.- (Con rencor.) ¡No me tiró de la escalera, claro! ¡Sólo vino a levantarme la falda mientras yo estaba en lo alto limpiando los cristales!

MARTA.- Para él aquello no era más que un juego...

EULOGIA.- ¿Un juego? ¡Es un obseso sexual!

MARTA.- ¡Eulogia, por Dios!...

JOSÉ.- (Manipulando en el maletín y fingiendo no dar excesiva importancia a la pregunta.) Desde que su sobrino la cuida, ¿ha manifestado en alguna ocasión inclinaciones de ese tipo hacia usted?

MARTA.- ¡Qué va!

EULOGIA.- (Con violencia.) Lo que está claro es que yo no le doy ocasión.

JOSÉ.- ¿Quiere decir?...

EULOGIA.- Que lo ahuyento cuanto puedo... **(Dudando.)** Bueno, quiero decir que yo procuro que esté apartado de mí el máximo tiempo posible...

MARTA.- Sí. Y por eso la pobre criatura ha adquirido ese complejo de culpabilidad que no le deja vivir.

EULOGIA.- ¿No te digo yo? ¡Complejo!...

MARTA.- Sí, complejo... Motivado por el rencor que en todo momento le muestras.

EULOGIA.- ¡Hombre! Si te parece le estaré aún agradecida.

JOSÉ.- (Contemporizando.) Bueno, bueno... Creo que ahora no es usted justa del todo. A mí me consta que su sobrino, Pepín, siente por usted un gran cariño, y complejos aparte, él es consciente de que algo tuvo que ver en aquel desgraciado accidente, aunque su mentalidad no le permita captar por completo las consecuencias que del mismo se derivaron. Marta tiene razón al afirmar que su hijo tiene una mente infantil. Aunque su cuerpo siguió creciendo, su capacidad de raciocinio se detuvo a los diez años, y como a tal hay que verlo... y tratarlo. **(Pausa breve.)** Una prueba de su acusada sensibilidad por cuanto le rodea, es el trauma que

está sufriendo desde ayer, cuando le atropellaron a su pobre perra... a su compañera de juegos.

MARTA.- ¡Y que el pobre Pepín, no se ha separado de ella ni un solo momento!... ¿No cree usted que deberíamos apartarlos para que él no sufra viéndola agonizar?

JOSÉ.- No... Al animalito le debe quedar muy poco que padecer, y tal vez a Pepín, como ya le he explicado antes, le perjudicaría más separarle de la perra ahora, que dejarlos juntos hasta que sobrevenga el desenlace... Ante su modo especial de entender las cosas, es mejor para él asistir a un final prolongado que cortar abruptamente esa experiencia.

MARTA.- (No muy convencida.) Si usted lo dice...

EULOGIA.- Mucho está durando ese animal...

JOSÉ.- (Sacando un talonario de recetas y con un evidente deseo de cambiar de conversación.) Del frasquito de Digitoxina quedará muy poco, ¿no?

MARTA.- Sí... tres o cuatro dosis...

JOSÉ.- Le extenderé también una receta para que compre otro nuevo...

(Se sienta en el sillón, yendo inmediatamente MARTA a encender la lámpara de pie. Mientras el médico escribe sobre el brazo del sillón, ella corregirá a EULOGIA algunos detalles del atuendo.)

MARTA.- (Tras una pausa, como al desgaire.) Don José, ¿es verdad que la paraplejia se puede padecer también por una enfermedad?... Quiero decir, ¿por alguna causa distinta a un accidente?...

JOSÉ.- (Mirándola con interés.) Se dan algunos casos... No obstante, la causa determinante de esta dolencia es siempre una lesión en la médula espinal, que interrumpe la acción de las ramificaciones nerviosas en ciertas partes del cuerpo. De ahí los distintos grados que se dan de la afección. El modo de llegar a esa lesión no siempre ha de ser necesariamente traumático.

EULOGIA.- ¡Yo sé por dónde va mi hermana!

MARTA.- (Turbada.) ¿Qué quieres decir?...

EULOGIA.- Que aunque en mi caso esté comprobado que estoy así por la caída de la escalera, tú pretendes dejar sentado que podría haberme pasado esto sin la participación de Pepín. ¿Me equivoco?

MARTA.- (Como cogida en falta.) No he pretendido decir eso... mi pregunta a don José era por pura curiosidad...

EULOGIA.- ¡Sí, sí! ¡A lo mejor es que no nos conocemos!

JOSÉ.- (Levantándose al terminar de escribir.) Por si les sirve de algo les diré que, según estadísticas, sólo un tres por cien de estas dolencias se contraen por accidentes domésticos y enfermedad, el otro noventa y siete por cien se producen; en una mínima parte entre bañistas imprudentes que se lanzan de cabeza a piscinas con poco fondo, y el resto por accidentes de circulación, por lo que nadie está exento de cruzar la calle en un mal momento y sufrir un atropello que le aboque a un estado de paraplejia. **(Pausa breve.)** Y también me atreveré a decirles que las reticencias entre ustedes, y las acusaciones y réplicas más o menos veladas, no contribuirán en absoluto ni a que la vida en esta familia sea placentera, dentro de lo que cabe, ni pueden beneficiar en nada a una mejora en su enfermedad.

EULOGIA.- (Con cierta ironía.) ¡Una mejora dice!...

JOSÉ.- (Mientras entrega la receta a MARTA y recoge el maletín dispuesto a dar por terminada su visita.) Después de cuatro años en este estado, considero que las dos deberían haber serenado un poco sus caracteres, e intentado ante lo inevitable, llevarse algo mejor de lo que se llevan. En fin...

(Marcando el mutis hacia el foro.)

Saquen ustedes las conclusiones que quieran de mi comentario, pero de verdad creo que las dos deberían meditar acerca de ello. **(Desde la entrada.)** El próximo viernes volveré a visitarla. **(A MARTA.)** No es necesario que le diga que me puede llamar por teléfono en cualquier momento...

MARTA.- Descuide, don José...

JOSÉ.- (A EULOGIA.) ¡Y arriba ese ánimo, Eulogia!... ¡A ver si a la próxima la veo mejor!...

EULOGIA.- (Desanimada.) ¡Qué más quisiera yo!...

MARTA.- (Inicia dos pasos que interrumpirá con naturalidad ante la respuesta del médico.) Le acompaño a la puerta.

JOSÉ.- No, no, Marta. Siga usted con lo suyo que conozco el camino...

(Con un gesto de la mano hace mutis.)

EULOGIA.- (Crítica.) ¡Chica! ¿Y no le acompañas?...

MARTA.- ¿Pero no le has oído?... Don José, después de cuatro años ya es casi como de la familia...

Escena II

EULOGIA, MARTA y PEPÍN después TERE.

Transición durante la cual MARTA va hasta la tabla de plancha retomando la labor que dejó por la visita del médico. Al momento, como recordando algo interrumpe el trabajo, va hacia la puerta del lateral derecha, y sin llegar a ella llamará.

MARTA.- ¡Pepín!... **(Espera.)** ¿Qué estará haciendo?...

EULOGIA.- ¿Pues qué va a hacer?, ¡velar a la perra!

MARTA.- (Indecisa.) No quiero entrar en su cuarto. Me da no sé qué ver al pobre animalito.

EULOGIA.- ¿Crees que aún seguirá vivo?

MARTA.- Estoy segura... Es decir, «creo» que aún seguirá con vida.

(Regresa a la plancha.)

EULOGIA.- ¿Y en qué te basas para creerlo?

MARTA.- En el comportamiento de Pepín... Durante la noche y toda la mañana, se ha mostrado muy ocupado en el cuidado de la perra... además de que de vez en cuando el animalito aún lanza algún que otro gemido... Y desgraciadamente, cuando llegue el momento no nos va a pasar inadvertido, porque espero que Pepín romperá a llorar como la otra vez cuando murió el canario.

EULOGIA.- Pues a esa crisis que tú esperas ver en Pepín yo le tengo verdadero miedo.

MARTA.- ¿Miedo en qué sentido?

EULOGIA.- En todos, porque las crisis de tu hijo son imprevisibles. Mientras le dé sólo por llorar o gritar, pues tira que te vas... Pero si le da un ataque y se pone violento, ya me dirás cómo lo vas a calmar.

MARTA.- Precisamente en evitación de esa crisis que temes es por lo que don José no ha querido separarlos. Él me explicó que el impacto que habría producido en Pepín ver muerta a Kati en el momento del atropello, le habría sido mucho más traumático, que verla agonizar en un periodo dilatado de tiempo.

EULOGIA.- Pues don José opinará como quiera, pero esa consideración es de una morbosidad impresionante.

MARTA.- Hay que tener en cuenta la situación síquica de Pepín.

EULOGIA.- (Con intención.) ¡Ya!

MARTA.- Quiero decir que él ve las cosas de distinto modo a como las vemos nosotras.

EULOGIA.- (Irónica.) Sí, sí... Te entiendo. ¡Como él es «un poquito» retrasado!...

MARTA.- (Seria.) Eulogia, te ruego que no insistas en el tema. Considera que Pepín es mi hijo, y a cualquier madre le ha de molestar ese tipo de comentarios.

EULOGIA.- El caso es que si me hubierais hecho caso a mí esta situación nos la podíamos haber ahorrado.

MARTA.- ¿A qué te refieres?

EULOGIA.- Que a la vista de cómo se puso tu hijo cuando se murió el canario, yo dije que en esta casa no

debíamos tener más animales... Así, no hay problemas ni de que se escapen, ni de que enfermen, ni de que se mueran, pero claro, mis opiniones aquí nunca han valido para nada.

MARTA.- No es eso, Eulogia... Yo misma era reacia a volver a tener un animal en casa, pero lo cierto es que Pepín necesitaba un compañero para sus juegos, y no vas a negarme que durante todo el tiempo que ha tenido a la perra, a ti ni te ha molestado...

EULOGIA.- Bueno... Visto así...

MARTA.- (Pausa breve.) Estoy intranquila. (Vuelve a llamar.) ¡Pepín!

(Espera un momento y al ver que no acude adelanta un par de pasos hacia la puerta.)

PEPÍN.- (Desde dentro.) ¡Ya voy, mamá!

(Al momento se abre la puerta y aparecerá PEPÍN. Es un niño enfundado en un cuerpo de adulto que no expresa signos de subnormalidad física, y que muestra casi siempre más inocencia que malicia. A efectos de facilitar al actor la recreación de este personaje, se omiten las comas en todo su papel. Trae consigo una silla baja de enea que será inseparable compañera en toda su intervención. Cuando recorra el escenario la llevará a rastras, cuando se detenga se apoyará en ella manteniéndola sobre una pata, o se sentará colocando los pies sobre la barra inferior.)

(Entra en la estancia con una prevención no demasiado exagerada, permaneciendo en el primer término.)

¿Ya se ha ido el médico?...

MARTA.- Sí, hijo, ya se ha ido.

(Vuelve a la plancha y sigue su labor mientras interpreta.)

PEPÍN.- ¿Y ha traído más medicinas para mí? Yo no quiero más medicinas...

MARTA.- No, Pepín. Sólo ha traído medicinas para la tía.

PEPÍN.- (Atropelladamente.) ¡Eso para la tía! Todas para la tía que a mí no me gustan las medicinas... Y don José tampoco me gusta nada. El otro médico que venía antes a verme sí que era bueno que sólo me recetaba el termómetro... Esa medicina sí que es buena...

EULOGIA.- (Medio para sí.) ¡Imbécil!

MARTA.- (Que la ha oído, la mira fugaz y disimula.) Mira, Pepín, la mamá ha de salir dentro de un ratito porque tiene que ir a comprar unas cosas que necesita...

PEPÍN.- (Interrumpiendo.) ¿Mi merienda?

MARTA.- No. Tu merienda te la daré antes de irme...

PEPÍN.- (Igual.) ¿Y qué me vas a dar de merienda?

MARTA.- Pan con mermelada.

PEPÍN.- ¿De albaricoques?

MARTA.- (Paciente.) Sí... Con mermelada de albaricoques. ¡Pero atiende bien lo que te digo!... Ahora luego te traes aquí los tebeos y te sientas a leer sin armar ruido, y en tanto yo esté fuera comprando atiendes a la tía Eulogia. Haz todo lo que ella te diga y procura no hacerla rabiar. ¿Lo has entendido?

PEPÍN.- Yo no la hago rabiar...

(Acercándose a MARTA, confidencial.)

Ella es la que me dice cosas feas y me riñe... y no me quiere nada ¿sabes?, no me quiere nada.

EULOGIA.- ¿Qué dice ese monstruo?

PEPÍN.- ¿Ves, ves? **(Nervioso.)** ¡Ya me riñe, y a me riñe!... ¡Ya me está diciendo cosas!... **(Acusador.)** Y el otro día cuando me quedé cuidándola me dijo muchos pecados.

MARTA.- ¿Pecados?...

EULOGIA.- ¿Qué pecados te dije yo, gilipollas?

PEPÍN.- No lo sé, no lo sé, pero eran unos pecados gordos de esos que no se pueden decir. Unos pecados muy malos.

EULOGIA.- (Despectiva.) ¡Imbécil!

MARTA.- (A EULOGIA.) ¡Vale, chica, ya está bien!...
¡No pretenderás tener nervioso a Pepín todo el tiempo que se quede solo contigo!

EULOGIA.- ¡Cualquiera diría!... Además, que no quiero que se quede conmigo. ¡Para lo que me sirve!...

MARTA.- (Significativamente.) ¡Mujer, no te metas más con él!... ¡Piensa en lo que está pasando el pobre!...
(Encarándose a PEPÍN.) Bueno, como yo todavía no me voy, puedes volver mientras a tu cuarto a cuidar a Kati, y luego cuando te llame vienes aquí con los tebeos para hacer compañía a la tía, ¿de acuerdo?

PEPÍN.- Sí, mamá, luego, cuando tú te vayas, yo vendré aquí con los tebeos y sin la Kati, porque a la tía no le gusta que entre aquí con mi perra.

MARTA.- Eso es. Así me gusta.

PEPÍN.- Y es mejor... Porque a la Kati no le gusta estar aquí porque la tía siempre protesta y dice que se vaya y que no la quiere y que tiene ganas de que mi perra se muera para que no le moleste más.

MARTA.- ¡Chico! ¿La tía ha dicho eso?

EULOGIA.- ¿Y tú le vas a creer?

PEPÍN.- ¡Sí! ¡Sí que lo ha dicho, mamá!...

MARTA.- ¡Anda, anda! ¡Cómo va a decir eso la tía!...
¡Hale, Pepín!, vete a tu cuarto y ya te llamaré luego.

PEPÍN.- ¿Y por qué no me das el pan con mermelada de albaricoques ahora y así me lo como ya y puedo cuidar mejor a la tía cuando lea los tebeos?

MARTA.- No, te lo daré cuando me vaya, porque ahora aún es muy pronto para merendar.

(Suena el timbre de la entrada y PEPÍN se sobresalta.)

PEPÍN.- ¡Ay! ¡El del butano!

MARTA.- ¡No, hombre! Tranquilo que no es el del butano.

EULOGIA.- ¡No te digo! ¡El miedo que le ha cogido ahora al repartidor del butano!...

MARTA.- (**Marcando el mutis para ir a abrir.**) Pues cree que me gustaría saber cuál es el motivo.

(Hace mutis por el foro a la izquierda.)

(En el momento en que sale MARTA, PEPÍN se situará muy próximo a los pies de la camilla, apoyándose en su silla y mirando fijamente a EULOGIA.)

EULOGIA.- ¿Qué miras?

PEPÍN.- (**Sin modificar la pose.**) Es que, como ahora estás sola, te estoy atendiendo por si te pasa algo.

EULOGIA.- ¿Y qué crees que me puede pasar?

PEPÍN.- No sé, pero a lo mejor te da un golpe de tos y te ahogas y no puedes respirar y te tengo que dar unos golpecitos para que no te ahogues.

EULOGIA.- ¡No te digo yo!

PEPÍN.- O se te mete una pestaña en el ojo como el otro día y te escuece mucho y hasta que yo no te limpie el ojo tu lloras mucho y lo pasas muy mal.

EULOGIA.- ¡Bien, pues ahora no me va a pasar nada! ¡Anda, esfúmate y déjame en paz!

PEPÍN.- Que no, que no. Que yo te cuido.

EULOGIA.- ¡Anda que no me ha caído a mí menudo calvario con semejante sobrino!... Vete a tu cuarto, lárgate y ya te llamaré cuando te necesite.

PEPÍN.- No, porque si viene la mamá y ve que te he dejado sola y no te he cuidado bien me reñirá y no me dará la mermelada de albaricoques.

EULOGIA.- (**Lamentándose.**) ¡Señor, y qué paciencia

hay que tener!...

MARTA.- (Hablando desde dentro.) Pues mira, no sabes lo que me alegra que me lo hayas subido.

(Entran MARTA y TERE. MARTA lleva un suéter en las manos.)

TERE.- ¡Hola, señora Eulogia! ¡Hola, Pepín!

PEPÍN.- (En el momento de oír a MARTA rompe la pose y se traslada a buena marcha hasta colocarse en el primer término derecha.) ¡Hola, Tere!

TERE.- (A EULOGIA.) ¡Qué!, ¿cómo se encuentra hoy?

EULOGIA.- Te lo puedes imaginar, hija... Como siempre. **(A MARTA.)** ¿Cómo has tardado tanto en abrir la puerta?

MARTA.- Es que, una vez aquí, Tere ha vuelto a bajar a su casa para subirme el suéter que se le cayó ayer a Pepín por la galería.

(Lo deja sobre la ropa de la silla y vuelve a su labor de plancha.)

TERE.- El caso es que antes de subir lo dejé sobre la banqueta del recibidor para que no se me olvidara.

PEPÍN.- Sí. Pero como tú tienes la cabeza llena de pájaros y siempre estás pensando en el novio y nunca piensas en lo que estás haciendo, pues por eso se te olvidan las cosas.

TERE.- (Con buen humor.) ¡Anda! ¡Pues sí que me has puesto buena en un momento!... ¿Y a ti quién te ha dicho todo eso de mí?...

PEPÍN.- Tu madre, que siempre que sube a charlar con mi tía dice cosas de ti y eso de los pájaros en la cabeza y que sólo piensas en el novio.

MARTA.- ¡Calla!... No le hagas caso, que ya sabes cómo es Pepín...

PEPÍN.- (Insistiendo.) Que sí, que lo dice mamá. Que sí que lo dice, que yo lo he oído muy bien.

TERE- (Riéndose.) ¡Vaya, vaya!... Ya hablaré yo con mi madre para que no tenga la lengua tan larga. (A EULOGIA.) ¿Y qué? ¿Qué le ha dicho el médico?

EULOGIA- ¡Y qué me va a decir, hija!

TERE- (A MARTA.) Si le ha recetado alguna cosa y quiere que vaya a comprarla a la farmacia, se la puedo traer cuando vuelva del trabajo esta noche.

MARTA- No, Tere, muchas gracias. Precisamente he de salir dentro de un ratito a otras compras, y ya de paso traeré las cosas que ha recetado. Lo que sí te agradecería es si te pudieras quedar haciéndole compañía unos veinte minutos hasta que yo regresara...

TERE- ¡Vaya por Dios! No sabe cuánto lo siento, pero esta tarde me resulta imposible, porque ha quedado en recogerme mi novio para llevarme en la moto de camino a su trabajo. Y como están las cosas del empleo ya sabe usted que no se puede jugar con la puntualidad...

MARTA- Claro... Lo entiendo. No, era sólo porque como Pepín (**Significativamente.**) está ahora ocupado cuidando a Kati...

TERE- (Comprendiendo.) ¡Ah, claro!... (A PEPÍN.) ¿Y qué, cómo se encuentra la perrita?

PEPÍN- (Casi sin responder y como recordando de pronto.) ¡Me voy a cuidarla!...

(Sin más, hace mutis rápido por la puerta de la derecha.)

TERE- (A MARTA.) ¿Todavía aguanta el animalito?

MARTA- Pues sí. Yo no la he visto desde esta mañana, entre otras cosas porque me produce mucha pena ver el estado en que quedó tras el atropello, y además, porque don José me ha dicho que es mejor para Pepín que no estemos cerca de la perra hasta que sobrevenga el desenlace, que por supuesto es inevitable.

TERE- Pues yo, viendo el disgusto que tenía Pepín anoche cuando la trajo en tan mal estado, esperaba verlo ahora con la moral más baja, sin embargo he observado que se encuentra bastante tranquilo...

EULOGIA.- (Hiriente.) ¡Natural, él ni siente ni padece!...

MARTA.- (Dolida.) ¿Por qué dices eso, mujer?

TERE.- No sea usted así... Pepín es un chico sensible, y ahora lo debe de estar pasando muy mal. No había más que ver el cariño con que siempre trataba a la perra y la cantidad de horas que se pasaba jugando con ella. Y en cuanto a atenciones, dudo que cualquier otro perro del barrio estuviera tan bien cuidado y tratado por su dueño. (**A MARTA.**) ¿Y por fin han podido averiguar cómo sucedió?

MARTA.- No exactamente, porque él dice que la atropellaron cuando jugaba con ella en el descampado de ahí detrás, y sabemos que por ahí detrás no hay paso de vehículos... Yo, para mí, que, aunque él lo niega, se le debió soltar de la correa mientras cruzaba la calle, y si no lo ha dicho es por temor a que le riñésemos...

TERE.- ¡Pobre Pepín! ¡Y que lo debe de estar pasando de mal!...

EULOGIA.- ¿Y la perra no?...

TERE.- Por supuesto, y el pobre animalito... ¿Y qué es lo que le hizo el coche?

MARTA.- Varias lesiones, pero la más importante ha sido una fractura de vértebras que la ha dejado inmovilizada... (**Se calla de súbito al darse cuenta de que lo ha dicho en presencia de EULOGIA.**)

TERE.- (Que no se ha percatado.) ¿Y no tiene solución?

EULOGIA.- (Abruptamente.) ¿Y qué solución va a tener con el espinazo roto? ¿No me ves a mí?

TERE.- (Turbada.) ¡Oh, claro!... Bueno, he querido decir...

MARTA.- (Tras una pausa incómoda, pretendiendo romper el hielo.) Y a todo esto, ¿por qué no te sientas?

TERE.- ¡Huy! ¡Si me voy a marchar enseguida!... El caso es que parece que mi novio tarda...

MARTA.- ¡Pues por eso!

TERE.- (Yendo al sofá y sentándose.) ¿Les importa que encienda un cigarrillo mientras viene?

MARTA.- No, hija, no.

(Del mueble toma un cenicero y se lo lleva al centrito.)

EULOGIA.- ¡Por mí... eres tú la que te estás envenenando!...

TERE.- (Con buen humor.) La verdad es que casi sólo puedo fumar aquí... En casa, mi madre no me deja con la excusa de que el humo le produce mareos, en la moto con el casco es imposible, y en el almacén nos lo tienen prohibido...
(Enciende y fuma mientras interpreta.)

(Entra PEPÍN y cruza rápido la escena yendo hasta el mueble-biblioteca. Subiéndose en su silla removerá el contenido de algún estante alto como buscando alguna cosa que no encuentra.)

MARTA.- ¿Qué buscas, Pepín?

PEPÍN.- (Sin dejar de buscar.) La correa roja de Kati.

MARTA.- ¡Chico, pero si la correa roja se tiró ya hace mucho tiempo!... No busques más, que no está.

PEPÍN.- No se tiró, no. Que yo sé que está aquí guardada y quiero llevármela para guardarla en mi cuarto.

MARTA.- (Va junto a él y le insta a dejar de buscar.)
¡Venga, baja de ahí y déjalo ya! La correa roja se tiró cuando se compró la nueva.

PEPÍN.- (Dejando de hacerlo con evidente disgusto.)
Pues cuando la encuentres me la das, porque esa es la que más me gusta para Kati... y además con esa correa no se suelta porque, como es roja...

TERE.- ¡Este Pepín!...

EULOGIA.- ¿Qué te parece?... ¡Vaya un maravilloso razonamiento! **(Burlona.)** ¡Gracias, Señor, por permitirnos disfrutar de tan preclara fuente de coherencia! **(Se ríe.)**

PEPÍN.- (A MARTA.) ¿Qué dice la tía?

MARTA.- Nada, hijo, no dice nada... Anda, vete a cuidar a Kati y ya te llamaré luego. **(Sigue planchando.)**

PEPÍN.- (Cruza con desgana hacia su cuarto y desde la puerta interpela a TERE.) ¿Qué, fumando?

TERE- Un cigarrito sólo...

PEPÍN- Eso... Luego no me doy cuenta y se lo digo a la señora Julia y ella te riñe y tú me echas la culpa a mí y resulta que yo soy Pepín el malo.

TERE- (**Riéndose.**) ¡Qué liante eres! ¡Hay que ver cómo complicas todas las cosas!...

PEPÍN- Sí. Sí, tú riéte.

TERE- Me río porque me haces gracia, pero lo que sí quiero es que, antes de hablar, «te des cuenta», y no le vayas con chismes a mi madre.

PEPÍN- ¿Y qué tengo que hacer para darme cuenta?

TERE- Es muy fácil. Cada vez que ella venga y se te ocurra contarle algún chisme mío, acuérdate de los tebeos que más te gustan, y en vez de ponerte a largarle el rollo le hablas de cualquier otra cosa... Si lo haces así, yo iré comprándote esos tebeos y podrás hacer una buena colección, ¿qué te parece?

PEPÍN- ¿De Astérix o de Mortadelo?

TERE- De los que tú prefieras.

PEPÍN- Bien, pues mejor te voy a dejar los que tengo para que tú los veas y me traes los que no tenga para que no estén repetidos.

MARTA- (**Amonestándole.**) ¡Pepín, no seas abusón!... Lo que has de hacer es contener la lengua y nada más.

PEPÍN- Bueno, mamá... (**A TERE.**) ¿Y qué? ¿Vas a hacer esperar mucho a tu novio?

TERE- (**Sorprendida.**) ¿Qué quieres decir?

PEPÍN- Que a lo mejor se cansa de esperar y se va con la moto y tú te tienes que ir en el autobús y el autobús no viene pronto y luego llegas tarde al almacén y allí te echan la bronca.

TERE- (**Mirando el reloj.**) Pero mi novio estará al llegar...

PEPÍN- No, no.

TERE- ¿Cómo que no?

PEPÍN- Al llegar no. Al marchar, al marchar. Que lo he

visto yo antes por el balcón que está ahí abajo esperando sentado en la moto.

TERE- ¡Ay, chico!

(Levantándose y apagando el cigarrillo en el cenicero.)

¿Y por qué no me has avisado antes?

EULOGIA- ¿Está claro que mi sobrino está en la Luna?

PEPÍN- Porque a mí no me han dicho que tenía que avisarte si veía venir a tu novio.

MARTA- ¡Y tiene razón el chico!...

TERE- Sí, señor, tiene razón...

(Marcando el mutis.)

Las dejo, no sea que al final hagamos tarde... ¿Entonces no necesitan que les traiga nada a la vuelta?

MARTA- No, gracias, Tere.

TERE- Pues hasta la noche, que ya subiré a preguntar cómo sigue todo.

PEPÍN- Ahora le dices a tu novio que vaya despacio y que no corra con la moto no se vaya a caer, que van como locos, y no te vaya a pasar a ti algo.

TERE- **(Riéndose)** No te preocupes que no correremos. Hasta la noche.

(Mutis por el foro a la izquierda.)

(Transición durante la cual PEPÍN se sentará en su silla en el primer término derecha, balanceándose de un modo rítmico.)

Escena III

EULOGIA, MARTA y PEPÍN.

EULOGIA.- Me parece que hay una mosca volando por ahí.

MARTA.- (Mirando sin verla.) ¿Estás segura?...

EULOGIA.- Sí. Me ha parecido verla por aquí cerca.

MARTA.- Ahora echaré insecticida...

(Va al mueble y sacando un aerosol pulverizará alrededor de la camilla volviendo a dejarlo en su sitio.)

PEPÍN.- (Tosiendo exageradamente.) Con ese bote se tose mucho... A mí ese bote no me gusta nada.

MARTA.- ¡Calla, exagerado! Además de que he echado muy poco, este aerosol tiene un aroma muy agradable.

PEPÍN.- No. Porque a mí me gusta más la colonia que lleva Tere... Que ese olor sí que es bueno y no escuece en la garganta y no hace toser y huele a Navidad.

MARTA.- ¿Cómo a Navidad?...

PEPÍN.- Sí, a Navidad.

EULOGIA.- (Burlona.) Eso, o a Reyes, o al Corpus o a Todos los Santos...

PEPÍN.- Y yo sé que es una colonia muy buena que se la regaló su novio. (Pausa breve.) Pero a mí no me gusta nada ese novio que se ha buscado Tere, ¿sabes?

MARTA.- Pues es un muchacho muy atento y muy simpático... y a ti te ha traído varias veces tebeos...

PEPÍN.- De Mortadelo. Pero no me gusta nada y ¿tú sabes por qué? Porque le toca las piernas. ¡Las dos! Que yo lo he visto desde el rellano de la escalera.

EULOGIA.- ¡Mira! ¿Qué te parece el niño? ¡Ya ves a lo que se dedica ahora tu Pepín... a espiar a Tere desde la escalera! ¡Por si faltaba algo ahora nos ha salido «mirón»!

MARTA.- ¡Pero chico!...

PEPÍN.- Porque yo sé que ese novio es malo y va con ella para tocarle las piernas. ¡Las dos! Y luego se irá.

MARTA.- ¡Pero, hombre! ¿Cómo dices eso?

PEPÍN.- Sí, sí. Se marchará para siempre... Igual que hizo aquel novio que le salió a la tía y que le tocaba las piernas y que yo lo veía y a mí no me gustaba nada y que luego se la dejó y no volvió más.

MARTA.- **(Que yendo hacia él ha intentado interrumpirle a mitad de la frase y acaba dándole un cachete.)** ¡Pepín, cállate, no sigas!...

EULOGIA.- **(Con rabia.)** ¡Maldito! ¡Maldito subnormal!

PEPÍN.- **(Lamentándose por el cachete.)** ¡Ay, ay! ¿Y por qué me has pegado ahora?...

MARTA.- ¡Porque esas cosas no se dicen! ¡Venga, a tu cuarto! ¡Y no vuelvas hasta que yo te llame!

PEPÍN.- **(Desde el mutis golpeando el suelo con la silla con media rabieta.)** ¡Pues es verdad que se marchó y no volvió mas! Y por eso no se casó con la tía y por eso ahora tenemos que cuidarla siempre...

EULOGIA.- **(Más alterada.)** ¡Maldito!...

PEPÍN.- **(Sin interrumpirse.)** ... y yo no puedo jugar con mi perra porque ella no quiere que se la traiga aquí. **(Cortándose en seco al recordar.)** ¡Ay, la Kati! ¡Que tengo que cuidarla!

(Hace mutis precipitado.)

EULOGIA.- ¡Señor! ¡Qué habré hecho yo para merecer a este subnormal!...

MARTA.- **(Calmando a EULOGIA.)** ¡Anda, mujer!... No hagas caso a lo que ha dicho Pepín... ten en cuenta que desde ayer está muy descentrado...

(Mientras habla le acomoda nuevamente los brazos y las piernas y le recompone algo la ropa.)

Él tiene buenos sentimientos y nunca pretendería hacerte sufrir... Él es como un niño, un niño grande pero niño al fin y al cabo... y los niños acostumbran a decir inconveniencias... por eso no se lo debemos tomar en cuenta.

EULOGIA.- ¡Es malo y retorcido!

MARTA.- Tú sabes que no. Y además te quiere.

EULOGIA.- ¿Que me quiere?... ¡Ah, sí! ¡¡Ver muerta!!
¡Eso es lo que él quiere!

MARTA.- ¡Eulogia!...

EULOGIA.- ¿Pero no has visto con qué rencor me recriminaba por el hecho de tener que cuidarme? ¡A mí, que estoy sufriendo este martirio por su puñetera culpa!... ¿Y aún te atreves a decir que me quiere?

MARTA.- (Con alguna firmeza.) ¡Mira, Eulogia! Creo que ese tema se ha tocado ya demasiadas veces y es hora de que aclaremos las cosas. Que acuses a Pepín por aquella irresponsabilidad a ti no te beneficia en nada ni va a resolver tu problema. A él le creas un complejo de culpabilidad que le es nocivo, porque no es capaz de provocar ninguna reacción positiva en su comportamiento... Y la verdadera perjudicada soy yo.

EULOGIA.- ¿Tú?...

MARTA.- Sí, yo. Que estoy entre los dos, sufriendo por tu estado y sufriendo por mi hijo, padeciendo por tu dolencia y absorbiendo sus complejos, y si esto sigue así voy a acabar volviéndome loca. Así es que te ruego que tengas más presencia de ánimo y procures controlarte. Las cosas están así y no vamos a solucionar nada martirizándonos a todas horas, todos los días.

EULOGIA.- ¿Pues sabes qué te digo? Que cuando te canses ya sabes lo que tienes que hacer. Me ingresas y en paz... Que si vosotros no podéis, otros me cuidarán.

MARTA.- (Conmiserativa.) ¡Pero qué dices, mujer! ¡Ingresarte!... ¡Como si eso fuera tan fácil!... Sabes de sobra que tu dolencia sólo se trata en unos cuantos centros especializados, y con los ingresos que tenemos no podemos ni soñar alcanzar una plaza en ellos. Mi pensión de viuda es casi una limosna...

EULOGIA.- Está mi seguro.

MARTA.- Sí, la pensión de tu seguro. Que juntándola con la mía y con el subsidio de Pepín, llega con apuros para sufragar los gastos de esta casa, los alimentos que consumimos los tres y tus medicinas. (**Pausa breve.**) Y esa es la triste realidad... Las cosas son así y así están, y no tenemos más remedio que sobrellevarlas, cada cual con sus propias fuerzas.

EULOGIA.- Pues alguna solución habrá...

MARTA.- ¿Como cuál?...

EULOGIA.- Recurrir a las Instituciones. ¿No hay un Ministerio para estas cosas? Pues solicitar su ayuda, insistir una y otra vez... buscar influencias entre la gente conocida... ¡Yo qué sé! Algo que pueda facilitar conseguir esa plaza.

MARTA.- Todo eso ya lo hemos intentado, y el único recurso a nuestro alcance es seguir los tres juntos y confiar en la Providencia.

EULOGIA.- ¡Mierda de Providencia!...

MARTA.- Y esas expresiones deberías cuidarlas... Esas y otras similares que no te privas en soltar sin venir a cuento delante de Pepín.

EULOGIA.- ¡Encima!...

MARTA.- ¡Sí! Lo menos que podemos hacer es ser coherentes y no exigirle luego a la criatura que no repita todos los tacos que tú acostumbras a utilizar.

EULOGIA.- ¿Sabes qué te digo, Marta?... ¡Que me olvides! Que me dejes en paz, o cuanto menos que no te empeñes en cargarme a mí todas las procacidades que suelta tu hijo, porque algunas de ellas te aseguro que no las había oído yo en toda mi vida.

MARTA.- No te achaco a ti todas sus expresiones, porque me consta que hay gente en la calle que disfruta haciéndole repetir más de cuatro tacos... como el fontanero de la esquina, que cuando menos se lo espere se va a encontrar con un buen rapapolvo de mi parte...

PEPÍN.- (**Asomándose por la puerta interpela a MARTA sin acabar de entrar.**) ¿Ya es hora de merendar y puedo venir a sentarme para leer los tebeos y a comerme la mermelada de albaricoques?

MARTA.- (Con fatalismo.) Sí, hijo, sí. Tráete los tebeos y ahora te prepararé la merienda.

(PEPÍN desaparece y vuelve rápidamente con varios tebeos bajo el brazo y trayendo consigo su inseparable silla. Se sienta junto al centrito dando frente al público, e interpretará sin separar la vista de los tebeos.)

MARTA.- (Mientras marca el mutis por el foro a la derecha. A EULOGIA.) ¿A ti te apetece tu vaso de leche ahora o prefieres tomarlo cuando yo regrese?

EULOGIA.- Ahora no quiero nada.

MARTA.- Bien, pues voy a preparar la merienda de Pepín.

(Hace mutis.)

PEPÍN.- Aquí hay dos tebeos que aún no te he leído. **(Pausa breve.)** Si tú quieres ahora luego cuando ya haya merendado te los contaré... Uno creo que sí que te lo he leído, pero el otro no. ¿Tú no te acuerdas de uno de Mortadelo que él se vuelve molinero y lleva unos sacos de trigo a un molino y que luego resulta que no es trigo lo que lleva en el saco porque el trigo se le había caído por un agujero que le había hecho un gitano?...

EULOGIA.- (Con mal humor.) ¡Cállate de una vez y déjame en paz!

PEPÍN.- No, si ahora no te lo puedo contar. Primero me comeré mi bocadillo de mermelada y después, mientras estamos solos y te cuido, te lo iré contando.

EULOGIA.- (Con fatalismo.) ¡Señor, y qué verdad es que las desgracias nunca vienen solas!...

(Entra MARTA, decidida, dirigiéndose a la silla donde dejó el suéter.)

PEPÍN.- (Al verla.) ¿Ya está mi merienda?

MARTA.- No. Es que me he dejado ahí el suéter que subió

Tere.

(Lo coge y marca el mutis por detrás de la camilla.)

EULOGIA.- Marta...

MARTA.- (Deteniéndose.) ¿Sí?...

EULOGIA.- Creo que estoy mojada...

MARTA.- (Con un gesto de fastidio y resignación bien visible, que no se transmitirá al tono de sus palabras.)
Ahora te cambiaré...

(Va hasta el mueble y de él sacará una bolsa grande de compresas absorbentes. Con ella en las manos se sitúa junto a la camilla y desde allí interpela a su hijo.)

¡Pepín!...

PEPÍN.- Sí, mamá.

MARTA.- ¡A tu cuarto!

PEPÍN.- Ya voy mamá.

(Con los tebeos bajo el brazo y arrastrando su silla hace mutis sin prisa por la derecha, mientras va silbando cualquier cancioncilla infantil, con alguna mímica burlona o alusiva.)

(Al tiempo que va decreciendo la iluminación de escena, cae el telón.)

FIN DEL PRIMER ACTO

Acto II

Escena I

EULOGIA y PEPÍN, después MARTA.

Al levantarse el telón se observará que nada ha cambiado en el escenario. EULOGIA sigue estática en su camilla y PEPÍN lee sus tebeos junto al centrado. Han transcurrido sólo unos minutos desde la acción del acto primero.

PEPÍN.- (Interpretando sin dejar de repasar los tebeos.) Luego cuando se vaya mi mamá y me quede solo contigo cuidándote mataré la mosca que hay por ahí.

EULOGIA.- ¿Cómo dices?

PEPÍN.- Que mataré una mosca que hay por ahí volando para que no se te pare en la cara y te haga cosquillas... y que como no te la puedes quitar si se te mete en un ojo te molestará mucho.

EULOGIA.- (Alarmada mirando en todas direcciones.) ¿Dónde está esa mosca?... ¿La ves?...

PEPÍN.- No la veo, pero antes sí que la he visto y ahora la oigo que hace «ssssss, sssss»... ¿Tú no la oyes?

EULOGIA.- (Esforzándose en escuchar.) No... no la oigo... Pero será mejor que cojas el bote del insecticida y eches un poco por aquí cerca, ¿eh, Pepín?... Y así si no se muere por lo menos se irá... ¡Anda, coge el aerosol que está ahí en la estantería del mueble!...

PEPÍN.- No. Aún no es hora.

EULOGIA.- ¿Cómo que no es hora?

PEPÍN.- No, porque la mamá me está poniendo la mermelada de albaricoque y aún no se ha ido y no me ha dicho que te cuide y tú me riñes si me acerco a ti cuando no te estoy cuidando todavía.

EULOGIA.- ¿Y qué más da, hombre?... Para que mates

una mosca no es necesario que me estés cuidando.

PEPÍN.- No, no que no es hora. Y además no debe estar ya por aquí, porque ya no hace «ssssss, ssssss».

EULOGIA.- (Tras una pausa, mientras se esfuerza en localizar la mosca.) ¡Ahora me parece que la oigo, Pepín!... Y debe de estar volando muy cerca de donde tú estás...

PEPÍN.- Pues yo no la oigo porque estoy leyendo este tebeo que me regaló la madre de Tere que es de Astérix y que me gusta mucho.

EULOGIA.- (Con reproche.) Está visto que tú, cuando te pones a leer tebeos, ya no haces caso a nadie.

PEPÍN.- (Asintiendo.) Sí... sí...

EULOGIA.- (Con mala intención.) ¿Pues sabes qué te digo? Que si no la matas ahora, luego cuando estés merendando se te comerá toda la mermelada.

PEPÍN.- (Dando un respingo de ja los tebeos y se levanta cambiando de actitud.) ¿Dónde está el insecticida?

EULOGIA.- (Con gesto de triunfo.) Ahí, en el mueble.

(PEPÍN repasará uno a uno todos los estantes del mueble, subiendo y bajando de su silla según convenga, menos el lugar donde se encuentre el bote. En esta operación que él efectuará con torpeza y como un juego, EULOGIA le irá indicando los lugares donde ha de buscar, de viva voz y bastante nerviosa por la ineptitud de PEPÍN.)

(Esta acción, de la duración que considere oportuna el Director, finalizará con la entrada de MARTA, que trae un bocadillo medio envuelto en papel de aluminio. También trae consigo una bolsa de compra y alguna prenda apropiada para salir a la calle.)

MARTA.- (Entrando. Perpleja.) ¿Pero qué hacéis?...

EULOGIA.- (Indignada.) ¡Este inútil que no es capaz de encontrar el bote del insecticida!

PEPÍN.- (Desde encima de la silla.) Es que no lo

encuentro, porque la tía me pone nervioso y no sabe decirme dónde lo tengo que encontrar y entonces no puedo matar la mosca que cuando meriende se va a comer mi mermelada.

MARTA.- No sé por qué dejas que el chico trastea en el mueble. Lo revuelve todo y después sí que es verdad que nadie es capaz de encontrar nada. (A PEPÍN.) ¡Baja de ahí y déjalo ya!... Toma, siéntate y merienda que ya arreglaré yo eso del insecticida.

(PEPÍN vuelve junto al centrado y, sentándose de nuevo en su silla, irá dando cuenta de la merienda sin prisas hasta terminarse el bocadillo. De vez en cuando efectuará algunos gestos de complacencia motivados por la mermelada que tanto le gusta.)

EULOGIA.- (A MARTA.) La mosca debe estar por ahí... antes me ha parecido oírlo a mi izquierda.

MARTA.- Pues no hace ni diez minutos que rocié todo esto.

(Yendo directa a por el bote pulverizará como antes alrededor de la camilla.)

EULOGIA.- ¿Está la ventana cerrada?

MARTA.- (Mirando.) Sí... Además por ahí no suelen entrar moscas... Es por la que da al descampado de atrás por la que de vez en cuando se cuele alguna.

EULOGIA.- Y por este deslunado también. Y la culpa la tiene la vecina del bajo que no saca la basura a diario.

MARTA.- No digas eso, porque desde que le transmití tu protesta no ha dejado de limpiar el patio ni un solo día. ¡Y menudo sofoco se llevó la pobre mujer cuando le dije lo de la basura!... (Mirando en derredor.) ¿Ves tú ahora esa dichosa mosca?

EULOGIA.- No, ahora no.

MARTA.- Con lo que pulvericé antes y lo de ahora, si no se ha muerto, al menos te dejará tranquila.

(Vuelve a dejar el bote en su sitio.)

Sobre el banco de la cocina he dejado preparado tu vaso de leche, en un platito y tapado con una servilleta. En caso de que yo tardara algo y te apeteciese, pídeselo a Pepín.

EULOGIA.- De acuerdo.

MARTA.- (A PEPÍN.) ¿Has oído, Pepín?

PEPÍN.- ¿El qué, mamá?

MARTA.- ¡Qué va a ser, hijo!... Lo del vaso de leche de la tía.

PEPÍN.- Sí, mamá. ¿Has dejado también la pajita en el vaso?...

MARTA.- No. Las pajitas están en el cajón de los cubiertos. Y procura no gastarlas haciendo pompas de jabón por la galería que sólo quedan cuatro o cinco.

PEPÍN.- ¿Y después de tomarse la leche la tía sí que puedo utilizar la que a ella ya no le sirva?

MARTA.- (Dudando.) Será mejor que no... porque a la vecina de abajo le pusiste perdida una blusa que tenía tendida con las dichas pompas, y aunque ella es prudente y no se me ha quejado, no me extrañaría que protestara si te viera jugando de nuevo.

EULOGIA.- ¡Ah, pues de eso no me habías dicho nada!

MARTA.- (Evasiva.) Se me habría olvidado... De todos modos tampoco es un caso de vida o muerte...

PEPÍN.- Pero sólo le cayeron unas poquitas pompas, porque yo sé hacerlas muy grandes, muy grandes, que vuelan muy bien y no manchan nada nada...

EULOGIA.- (Con sorna.) ¡Claro que no, tú no haces nunca nada malo!...

PEPÍN.- ¿Verdad que no, tía?

EULOGIA.- Por eso serás «San Pepín, Inocente y Mártir».

MARTA.- Bien, dejémoslo ya y tengamos todos la fiesta en paz.

(Marcando el mutis.)

Pepín... Pórtate bien ¿eh?

PEPÍN.- Sí, mamá. Y si te acuerdas luego cuando pases por el quiosco del señor Pedro el de la Vespa azul que lleva una pegatina de la Pantera Rosa me traes un tebeo.

MARTA.- Ya veremos. (A EULOGIA.) Ahora al bajar pasaré por casa de Tere, y veré si la señora Julia puede subir un rato para hacerte compañía.

EULOGIA.- De acuerdo... Y procura no tardar demasiado.

MARTA.- No te preocupes que haré lo posible por volver pronto. Seguramente no tardaré más de veinte minutos... Es decir, contando con que no haya demasiada gente... ¡Hasta luego!

(Mutis por el foro a la izquierda.)

Escena II

EULOGIA y PEPÍN; después JULIA.

EULOGIA.- Pepín...

PEPÍN.- (Sin dejar de masticar.) ¿Qué?

EULOGIA.- ¿Aún te queda mucha merienda?

PEPÍN.- (Mirando el bocadillo.) No. (Sigue comiendo.)

EULOGIA.- (Pausa breve.) ¿Quieres hacer el favor de comprobar si la ventana está cerrada?

PEPÍN.- La mamá dijo que sí estaba cerrada. (Sigue.)

EULOGIA.- Pero ella no fue a comprobarlo... Y a lo mejor le pareció que sí estaba, pero no está.

PEPÍN.- Bueno.

EULOGIA.- ¿Bueno, qué?

PEPÍN.- Que ahora cuando acabe de merendar iré a ver si

esa ventana está abierta y si está abierta la cerraré y luego vendré aquí y leeré los tebeos mientras te cuido. ¡Pero todo eso no se puede hacer si antes no me termino mi bocadillo de mermelada!

EULOGIA.- ¡No, si tú eres un individuo de ideas fijas! ¡Está visto que, si hubiera que huir de un incendio, tú no empezarías a correr hasta terminarte el bocadillo!

PEPÍN.- (Hace un gesto de asentimiento y sigue a su ritmo hasta que acabe la merienda.) ¡Se acabó!...

(Una vez terminado el bocadillo se levanta y va sin prisa hasta la ventana.)

Ahora ya puedo ver como está esa ventana...

(Llegando hasta la misma se cerciora de que está cerrada.)

Está cerrada, tía... ¿Quieres que la abra?

EULOGIA.- (Irritada.) ¡Cómo voy a querer que la abras! Lo que quiero es que permanezca bien cerrada para que no vaya a entrar ninguna asquerosa mosca.

PEPÍN.- Bueno...

(Sin prisa se sitúa al pie de la camilla.)

Como ahora ya he terminado mi bocadillo, ya puedo cuidarte, y como no tengo nada que hacer, si quieres te puedo contar ese tebeo de Mortadelo que te dije antes de la merienda, que él se convertía en molinero...

EULOGIA.- (Interrumpiendo.) Ese tebeo ya me lo has leído tres o cuatro veces y me lo sé de memoria.

PEPÍN.- Entonces, ¿te leo uno de Astérix que no te sabes y que él se cae dentro de una cuba de agua?

EULOGIA.- No, no me leas ninguno.

PEPÍN.- Pero es que si no los leo me aburro mucho y

entonces no te cuido bien...

EULOGIA.- (Para sí.) ¡Qué entenderá este por cuidar bien!... ¿Y por qué no enciendes la tele y ves el programa?...

PEPÍN.- Porque a estas horas están esos muñecos grandes de peluche como una persona y esas personas que lo hacen tan mal y que no me gustan porque es una mierda de programa.

EULOGIA.- ¡Marrano, eso no se dice!

PEPÍN.- ¿Por qué, tía?... ¡Si tú siempre dices que ese programa es muy malo y es una mierda!...

EULOGIA.- ¡Vale, no insistas!... Mira, si quieres leerme algo, puedes hacerlo de esa novela que nos trajo Tere de la biblioteca y que está ahí junto al televisor.

PEPÍN.- Pero es que a mí no me gusta nada esa novela porque es muy aburrida...

EULOGIA.- ¿Muy aburrida? ¡Qué va a ser aburrida, hombre!

PEPÍN.- Sí que es, tía, sí. Porque sólo tiene letras y se han olvidado de ponerle los dibujos y es muy larga y siempre es igual de aburrida.

EULOGIA.- ¡No sigas, chico! Déjalo. Siéntate en tu silla y repásate los tebeos hasta que te los aprendas de memoria.

(Se oye el timbre de la entrada.)

PEPÍN.- (Sobresaltándose.) ¡Ay, el del butano!

EULOGIA.- ¡Qué butano ni qué puñeta! Será la señora Julia que sube a hacerme compañía.

PEPÍN.- ¿Sí, tía?

EULOGIA.- Ve a la puerta y mira por la mirilla, y si ves que es ella, le abres.

PEPÍN.- ¿Y si no es?

EULOGIA.- (Con paciencia.) Si no es, pregunta sin abrir quién es y qué quiere, y vienes a decírmelo, y según quién sea, y a te diré yo lo que has de hacer. ¿Vale?

PEPÍN.- Bien, tía. Voy a mirar si es la señora Julia.

(Hace mutis por el foro a la izquierda.)

(Al momento desde dentro.) ¡Sí que es la señora Julia, tía!...

EULOGIA.- ¡Pues abre, hombre, abre!

(Al momento vuelve PEPÍN arrastrando su silla y precediendo a JULIA. Esta, madre de TERE, es una mujer sencilla y servicial, aunque algo cotilla.)

(PEPÍN irá directamente a enfrascarse en sus tebeos, que repasará aparentemente indiferente a cuanto le rodea, y JULIA se acercará a la camilla donde conversará con EULOGIA.)

JULIA.- **(Entrando.)** Buenas tardes, Eulogia.

EULOGIA.- Hola, señora Julia. Pase, pase y siéntese.

JULIA.- **(Tomando una silla se colocará junto a EULOGIA convenientemente y se sentará.)** Sólo voy a quedarme diez minutos contigo.

EULOGIA.- ¿Y eso?...

JULIA.- Ya le he dicho a tu hermana que no podría estar mucho rato, porque tengo cocinando unas alubias para hacerlas a la vinagreta esta noche, y si las separo del fuego ahora, se endurecen de tal manera que no hay ya quien las pueda poner tiernas... ¿Y tú qué? ¿Qué te ha dicho don José?

EULOGIA.- ¡Qué me va a decir! Lo de siempre, que siga con el tratamiento y que tenga paciencia.

JULIA.- ¡Vaya por Dios! ¡Y que con las cosas que se inventan, no sean capaces de dar con nada para solucionar ese problema tuyo!... ¿Y no habrá posibilidad de que con algún tipo de operación...?

EULOGIA.- Nada. En mi estado no queda más que ir consumiéndose poco a poco, o confiar en que cualquier

accidente ponga fin a todo esto.

JULIA.- ¿Qué quieres decir con eso?

EULOGIA.- Pues eso, que cualquier noche me da un golpe de tos, y me ahogo, ¡y se acabó!

JULIA.- ¡Caray! No debes ser tan pesimista...

EULOGIA.- ¿Pesimista? Si eso a fin de cuentas sería lo mejor que me podría ocurrir.

JULIA.- ¡Calla, calla, mujer! En estas cosas no hay que pensar... (**Reparando en PEPÍN.**) ¿Y qué?, ¿la perra de Pepín aún sigue viva?

EULOGIA.- Sí, parece ser que el animal está tardando también bastante en morir... (**A PEPÍN.**) Mira, Pepín, como ahora está la señora Julia atendiéndome, tú puedes irte si quieres a tu cuarto a jugar.

PEPÍN.- (**Levantándose va hacia el grupo e interpela a JULIA.**) ¿Usted ve esa colilla que hay en el cenicero?

JULIA.- (**Mirándola.**) ¿En el cenicero?... Sí, ¿por qué?

PEPÍN.- Porque Tere me ha dicho que si yo no le cuento a usted que ella fuma cuando está aquí charlando con mi tía, ella me comprará tebeos de Astérix y de Mortadelo que yo no tenga para coleccionar mi colección.

JULIA.- ¡Pues no está mal!...

EULOGIA.- ¡Acusica!

PEPÍN.- Yo no le estoy diciendo a la señora Julia que Tere se ha fumado ese cigarro, porque si se lo digo ella no me traerá otro tebeo.

EULOGIA.- Claro, «tú no se lo dices» a la señora Julia, pero «ella a lo mejor lo adivina».

PEPÍN.- (**A JULIA, sorprendido.**) ¿Sí, señora Julia? ¿Es verdad que usted lo adivina?...

JULIA.- ¡Qué inocente eres, Pepín!... ¡Qué cierto es que la verdad sólo la dicen los niños y los locos!...

EULOGIA.- (**Con mala intención.**) ¡Y como en este bendito de Dios convergen ambas circunstancias!...

JULIA.- (**Con apuro.**) No he querido decir eso, mujer, no vayas a pensar mal... Además, también es verdad que en los

inocentes se fija Dios para que se materialicen toda clase de milagros.

EULOGIA.- ¡Huy, señora Julia!, eso suena a beatería.

JULIA.- Pues no, que yo te podría contar cosas ocurridas a simples, que parecen prodigios...

EULOGIA.- ¡Ya!...

PEPÍN.- Como ahora ustedes están hablando de sus cosas yo me voy a ir un ratito a mi cuarto. Mientras yo voy a cuidar a Kati, usted está atenta a mi tía, y si le da un golpe de tos y ve que se está ahogando, le vuelve la cabeza hacia abajo para que no se ahogue, porque sino... ¡se acabó!

(Hace mutis hacia su habitación.)

JULIA.- **(Para sí.)** ¡Qué te parece! ¡Y parecía que con sus tebeos estaba ajeno a lo que hablábamos! **(A EULOGIA.)** Pues en tu caso debes tener presencia de ánimo y confiar en que aún puede tener arreglo... ¿Quién sabe si no descubren alguna técnica para solucionar ese mal?

EULOGIA.- Aunque así fuera, y por muy pronto que se extendiera el remedio, a mí seguro que no me llegaba a tiempo.

JULIA.- ¿Y por qué dices eso?

EULOGIA.- Porque es sabido que los grandes remedios, así como los tratamientos especiales y las intervenciones importantes, las suelen llevar a cabo los números uno de la Medicina, y está claro que estos no tienen pacientes afiliados a la Seguridad Social.

JULIA.- Eso no es exactamente así... Yo conozco a bastante gente que le han practicado operaciones la mar de costosas sin que tuvieran que pagar un duro.

EULOGIA.- Tendrían carné del partido...

JULIA.- ¡Que no, mujer!... Incluso operaciones del corazón, que ¡figúrate quién iba a pensar hace unos años que pudieran llegar a todo el mundo!...

EULOGIA.- Por eso mismo le digo que aunque descubrieran nuevas técnicas para esto mío, no sería yo de las primeras en disfrutarlas, y para cuando ya estuvieran al

alcance de cualquiera, yo... ¡criando malvas!

JULIA.- Visto de ese modo...

EULOGIA.- Aparte de que, por poco que tardase, no compensaría el tiempo que aún me queda de espera.

JULIA.- ¡Hija, sí que tienes tú la moral baja estos días!... Cualquiera que te oiga...

EULOGIA.- ¡Si es verdad, señora Julia! ¿Usted cree que se puede tener la moral alta estando en estas condiciones? ¿Sin poder valerse en nada?... Le aseguro que para estar así es mejor morir.

JULIA.- (**Sentenciando.**) ¡Morir es lo último!... Siempre hay que confiar en Dios y pensar que puede haber quien esté peor que nosotros.

EULOGIA.- Sí. Eso me contaba hoy don José. Me hablaba de una paciente que además de mis problemas, sólo podía respirar a través de un aparato...

JULIA.- ¡Pobre mujer!

EULOGIA.- ... y decía que aún le daba gracias a Dios por no estar peor.

JULIA.- ¿Ves? Eso es resignación cristiana.

EULOGIA.- ¡Eso son puñetas, señora Julia!

JULIA.- ¡Chica!...

EULOGIA.- Y encima de lo mal que lo pasa una por todos los achaques de esta maldita enfermedad, aún está el sentimiento de saberse un trasto... Algo así como un mueble viejo, que molesta a todo el que vive junto a él.

JULIA.- Eso no puedes decirlo por tu familia, porque los dos se desviven por atenderte... Marta está siempre pendiente de ti, y ni una madre haría con su hija las cosas que ella hace con su hermana... que nada más lejos de mi intención que airear tus impedimentos íntimos... pero hay que reconocer que la pobre lo sobrelleva con entereza y te tiene perfectamente atendida.

EULOGIA.- Y ese es uno de los motivos por los que quisiera terminar ya de una, porque ¿qué pasaría sí a ella le llegara a suceder algo?...

JULIA.- Tampoco hay que pensar eso...

EULOGIA.- Siendo yo más joven que ella podría incluso llegar a sobrevivirla, ¿y se imagina cuál sería el panorama en esta casa de quedarme sola con mí sobrino?

JULIA.- Es que tú te empeñas en presentarlo todo negro... pero, ¡vamos!, ante un caso así por supuesto que se encontraría una solución.

EULOGIA.- ¿Una solución?... En cuanto a poder ingresar en un centro apropiado, me consta, aunque no me guste reconocerlo, que mi hermana ha pateado todos los sitios habidos y por haber intentando conseguir una plaza para mí... Sé que ha ido a hablar hasta con políticos de los que tienen peso en las instituciones, pero ni así lo ha conseguido, porque lo mío no es cosa de una cama de hospital provincial. Lo mío es cosa de centro especializado, de los que sólo hay uno o dos y además pagando cantidades que pocos pueden soportar... y como usted decía, cuidar un cuerpo que hace todo lo que uno sano, pero estando inmóvil y sin gobierno tan siquiera sobre sus esfínteres... es tarea que, por muy hermana que se sea, más pronto o más tarde ha de acabar cansándose, y deseando, aunque no lo diga, que se termine el problema...

JULIA.- ¡Mujer, no debes martirizarte viendo solamente la parte trágica!

EULOGIA.- Es que no hay otra, señora Julia... Aquí no hay cara buena y cara mala, aquí solamente hay lo que está a la vista... Por eso decía antes que lo mejor que me podría pasar sería que me diera un golpe de tos, o un síncope, o algo parecido mientras duermo, y terminar de una vez...

(Breve transición en la que se aprecia la incomodidad de JULIA por lo violento de la situación.)

JULIA.- ¿Necesitas que te haga alguna cosa ahora?...

EULOGIA.- (Dándose cuenta del esfuerzo que está haciendo JULIA.) No, nada, gracias...

JULIA.- Si quieres que te mueva, o que te cambie de postura... no tienes más que decírmelo...

EULOGIA.- Se lo agradezco, señora Julia, y lamento haberle hablado de estas cosas tan desagradables... lo que pasa es que a veces una, aunque quiera, no se puede

contener... Es mucho tiempo soportando esta situación en la que jamás se le ocurre pensar a nadie estando sano.

JULIA.- Eso pasa con todos los males.

EULOGIA.- No lo crea usted. De un modo u otro, unas veces por temor y otras por pura fantasía, nos llegamos a imaginar aquejados por alguna desgracia... ¿Quién por lo menos una vez en su vida, no ha pensado en la probabilidad de quedarse ciego?...

JULIA.- Ahora que lo dices...

EULOGIA.- Pues fíjese que con todo lo trágico que para una persona debe resultar perder la vista, cuando se piensa en la probabilidad de que suceda, se acepta la idea; con aprensión, pero se acepta... Y si llega a ocurrir, que algún caso todos conocemos, se resignan y sacan fuerzas de su desgracia para conseguir superar todos los problemas, ponen en práctica un nuevo modo de vida, y algunos, hasta vuelven a ser felices...

JULIA.- En una amiga de mi juventud estoy pensando que le ocurrió algo parecido, y que luego se casó, y que creo que hasta tuvo un par de críos...

EULOGIA.- Sin embargo, un problema como el mío, ni nadie se imagina que le pueda llegar a ocurrir, ni nadie que lo padezca podrá nunca aceptarlo, porque esto señora Julia le digo que no hay palabras para describirlo... Todo el que está así, de seguro ha de preferir estar muerto.

JULIA.- Todos no. Ya ves el caso ese del que me has hablado de la enferma que aún daba gracias...

EULOGIA.- Siempre habrán masoquistas que disfruten dándose golpes. Y digo yo que aquel que goce siendo golpeado, tal vez merezca que le golpeen.

JULIA.- Muy duro es eso, Eulogia, muy duro es eso.

EULOGIA.- (Pausa.) ¿Y qué?... ¿Cómo va su hija con el novio? ¿Todavía no se decide a entrar en casa?

JULIA.- ¡Qué quieres que te diga!... El chico no parece malo... A ella la trata muy bien y, según lo que me dice Tere, que la verdad es que no me cuenta demasiadas cosas, sus propósitos son buenos.

EULOGIA.- ¿Y lleva intención de casarse?

JULIA.- ¡Y eso quien lo puede saber!... Tal como están las

cosas, hoy nadie puede asegurar nada en ese aspecto. La situación actual ha llegado a tal grado de desvergüenza que ya no sabe una a qué atenerse.

EULOGIA.- ¿A qué se refiere?

JULIA.- A que antes, hasta no hace muchos años, a la hora de hablar del casorio había más seriedad por ambas partes... ¿Que los novios se divirtieran más o menos? ¡También era normal!... Todos hemos sido jóvenes y nadie nos tiene que contar de qué va el asunto... que esta juventud tan moderna se cree la descubridora de todo y que los mayores somos tontos... Lo que son ocasiones para hacer las cosas nunca han faltado, ¡y quien quiere, hasta de día!... Pero no es eso lo malo ahora, no...

EULOGIA.- ¡Ah!, ¿no?

JULIA.- Lo de ahora es más grave. Porque antes la garantía de que al final hubiera boda estaba en que la moza se quedaba en su casa mientras fuese soltera... pero desde que a la mujer le es lo mismo casarse que no, quiero decir, con ceremonia o sin ella, los tíos es que lo tienen pero que la mar de fácil.

EULOGIA.- ¡Sí que han cambiado las cosas, sí!...

JULIA.- Lo que yo te digo. Ahora se conocen, se tratan un tiempo y si se entienden pues ya está, se largan a vivir juntos y en paz, sin importarles ni más familia ni más conveniencias sociales ni más previsiones para el futuro.

EULOGIA.- A lo mejor resulta que los que así lo hacen son los que están en el buen camino, los que de verdad han entendido la vida.

JULIA.- ¡Cómo va a ser eso! Ni mucho menos, lo que pasa es que ahora la libertad no termina donde antes... Antes el límite estaba en que los novios se fugaran de casa unos días para volver enseguida a formalizar las cosas, ahora el límite ha desaparecido, y se van como antes, pero no vuelven... es decir, en muchas ocasiones sí hay vuelta, pero es la de ella con un monicaco en brazos, sin trabajo y llena de deudas... y para más inri, como no hubo boda no hay responsabilidad, y lo mismo que nos juntamos, nos separamos y en paz.

EULOGIA.- Sí que tiene usted razón... y parece que cada día se están dando más casos.

JULIA.- ¡Y más que verás!... Como la moda es reciente, todavía no son muchas las parejas que se disuelven, por

aquello de que como los dos trabajan y huyen de tener críos como de la peste, están siempre fuera de casa y se ven casi menos que de novios, ¡es un decir!... Pero como antes o después viene el crío, y ella o él se queda sin trabajo, y han de pasar más tiempo juntos, acaban aburriéndose como todos los matrimonios, y como no lo son, pues se lo plantean con la misma ligereza que se plantearon el juntarse... tú por un lado y yo por el otro.

EULOGIA.- Pero si optan por separarse quedan libres por si quieren volver a empezar.

JULIA.- En todo caso él, porque ella, como ha pasado a incrementar el censo de las madres solteras, aparte de que se sienta desilusionada y amargada, ya me dirás las posibilidades que le quedan de encontrar una pareja que se haga cargo de lo del otro.

EULOGIA.- Y a última hora la víctima, el crío...

JULIA.- Por supuesto. Por culpa del egoísmo de unos padres que por pasarlo bien ellos y no adquirir problemas, no piensan en el trauma que le pueden crear a su hijo en el futuro, en un país donde a los hijos de soltera ya sabes cómo se les llama...

EULOGIA.- Sí que es duro... tal vez si esas parejas se pusieran en el lugar de sus hijos, no lo tomarían tan a la ligera.

JULIA.- (Pausa.) Por eso te digo que yo no tengo ninguna seguridad en que lo de Tere vaya a salir bien. No por falta de confianza en ella, que la he parido yo y conozco sus virtudes y sus defectos... que no son muchos, gracias a Dios, pero hay otros factores a tener en cuenta.

EULOGIA.- ¿Y el novio qué tal es?...

JULIA.- Con las poquitas veces que nos hemos visto y las pocas palabras que hemos cruzado, la verdad es que no me ha caído mal, y a poco que ella me insista no me importará que empiece a entrar en casa... Aunque ese paso me da miedo.

EULOGIA.- ¿De verdad?

JULIA.- Sí, porque es darles ya toda la confianza, algo así como un cheque en blanco para que puedan hacer lo que les de la gana.

EULOGIA.- Pero hace un momento decía usted que

«quien quiere, hasta de día»...

JULIA.- Y lo mantengo. Pero mi temor no está en que rellenen el cheque con una fecha de boda, que no sería malo, sino con una fecha de «rejuntamiento».

EULOGIA.- (Con media sonrisa.) ¡Caramba, cómo suena eso!...

(Entra PEPÍN con su silla, y mientras interpreta se trasladará varias veces desde el centrado a la camilla, como mostrando cierto desquicio.)

PEPÍN.- (Entrando.) Tía, ¿tú sabes si aún va a tardar mucho en volver mi mamá?

EULOGIA.- ¿Ya estás así? ¡Si se acaba de marchar!...

PEPÍN.- No se acaba de marchar, no, que ya hace mucho que se fue y a mí me gusta que esté aquí en casa conmigo, porque cuando estoy solo me aburro mucho.

EULOGIA.- Pues como tenía que ir a un par de tiendas y a la farmacia, seguro que todavía tardará un rato. Así que será mejor que te busques algún juego para distraerte en vez de ponerte nerviosa paseando arriba y abajo. ¿Entiendes lo que te digo?

PEPÍN.- (Deteniéndose.) Sí lo entiendo, tía. (Pausa breve.) (A JULIA.) ¿Usted tiene abierta la ventana de la cocina?

JULIA.- ¿Yo?... Sí, creo que sí. ¿Por qué?...

PEPÍN.- Porque como la ventana de mi cuarto está en el mismo deslunado que la ventana de su cocina huele muy bien cuando usted fríe longanizas.

JULIA.- (Riéndose.) ¿Y a ti te gusta el olor a longanizas fritas, no?...

PEPÍN.- Sí. Y el del pollo en pepitoria, pero me gusta más el olor a calamares y a gambas.

JULIA.- ¡Anda, y a mí! Lo que pasa es que al precio que se han puesto las gambas muy pocas veces se puede pasar unas cuantas por la plancha.

PEPÍN.- En Nochebuena mi mamá compró unas gambas de

esas coloradas que sueltan un caldito que sabe muy bien y que tienen un olor de ese tan bueno que a mí me gusta.

JULIA.- No tienes mal gusto, no...

PEPÍN.- El que no me gusta pero nada, nada, es el olor a judías quemadas que ahora está entrando por mi ventana.

JULIA.- **(Dando un respingo.)** ¡Ay, mis alubias!

(Marcando un mutis precipitado.)

¡Me voy antes que se me quemen!

(PEPÍN riéndose la acompañará hasta la puerta exterior haciendo piruetas o realizando un tipo de galope infantil. Mutis de ambos. Las risas y juegos de PEPÍN se seguirán oyendo desde dentro, hasta su regreso que no se dilatará demasiado.)

Escena III

EULOGIA y PEPÍN.

PEPÍN.- **(Entrando.)** ¿Has visto qué gracia, tía? No se acordaba que tenía las judías al fuego.

EULOGIA.- **(Con complicidad.)** ¡Menudo borde estás tú hecho!...

PEPÍN.- **(Riéndose.)** Sí, tía, sí...

(Va hasta el pie de la camilla donde se sitúa, apoyándose sobre su silla en equilibrio, a la cual hará girar de vez en cuando sobre una sola pata.)

EULOGIA.- **(Pensativa.)** Te veo muy contento. **(Pausa breve.)** ¿Cómo está tu perra?

PEPÍN.- Bien.

EULOGIA.- ¿Bien?

PEPÍN.- Sí. Ya está bien.

EULOGIA.- (**Escéptica.**) ¡Ya! (**Pausa.**) (**Pretendiendo sorprenderlo.**) ¿Y cuándo se soltó de la correa, antes de cruzar la calle o después?

PEPÍN.- (**Con naturalidad.**) No se soltó, tía. Porque yo tenía muy bien cogida la correa con dos vueltas en esta mano para que no se soltara al cruzar la calle.

EULOGIA.- ¿Y cómo puede ser que la atropellara un coche en el campo de ahí detrás si por allí no pueden pasar coches?

PEPÍN.- Ayer sí.

EULOGIA.- ¿Cómo que ayer sí?

PEPÍN.- Sí, tía. Cuando el coche bajaba Kati se puso muy nerviosa y empezó a saltar para morderlo, pero no llegaba y luego el coche se le puso encima y por eso le rompió todos los huesos.

EULOGIA.- (**Perpleja.**) A ver, a ver, explícame eso. ¿Cómo que cuando el coche bajaba? ¿Bajaba de donde?

PEPÍN.- No sé... Cuando bajaba se le puso encima y la aplastó porque era muy grande.

EULOGIA.- ¡Ya!... ¿Y tú qué hiciste?

PEPÍN.- Yo me enfadé mucho y empecé a pegarle patadas y a gritarle y le dije dos pecados.

EULOGIA.- ¿Ah, sí? ¿Y qué pecados le dijiste?

PEPÍN.- Dos muy gordos que me enseñó el fontanero y que no te digo cuáles son porque luego se lo cuentas a mamá y la mamá se enfada mucho porque yo digo pecados y me castiga sin darme mermelada.

EULOGIA.- ¿Y entonces cogiste a Kati y te la trajiste?...

PEPÍN.- No, porque el coche estaba encima de ella y yo no podía levantarlo y por eso le pegaba patadas.

EULOGIA.- ¿Así que Kati se quedó aprisionada bajo la rueda?

PEPÍN.- Sí, debajo. Pero no era una rueda...

EULOGIA.- Desde luego, hijo, eres la incoherencia personificada... Hasta las cosas más simples eres capaz de embrollarlas de modo que nadie las pueda entender. (**Pausa breve.**) ¡Anda, sigue! ¿Y qué pasó entonces?

PEPÍN.- Entonces salió el hombre del coche que llevaba las gafas grandes y vio a Kati y levantó el coche y me dejó que la sacara y yo lloré mucho.

ELOGIA.- ¿Y qué te dijo el hombre?

PEPÍN.- Nada. Me miró mucho y se subió otra vez al coche y entonces fue cuando yo le pegué una patada.

EULOGIA.- ¿Al hombre del coche?

PEPÍN.- Sí.

EULOGIA.- ¿Y qué hizo entonces?

PEPÍN.- El hombre se quedó quieto y me miró mucho y yo le dije que me había roto mi perra y que qué iba a hacer yo con una Kati rota y que cómo la iba a arreglar...

EULOGIA.- (Conmovida.) ¡Sí que debió ser aquello una tragedia para ti!... ¿Y lloraste mucho?

PEPÍN.- Sí, mucho, tía, mucho.

EULOGIA.- ¡Pobre Pepín!...

PEPÍN.- (Pausa breve.) Y entonces fue cuando el hombre del coche me dio la linterna para que la curara.

EULOGIA.- (Sin entender.) ¿Que te dio qué?...

PEPÍN.- La linterna de la luz verde que sirve para arreglar los huesos.

EULOGIA.- (Aparte.) ¡La madre que te parió! ¡No te digo yo que escuchando a este imbécil se puede volver una loca!...

PEPÍN.- (Como si no la hubiera oído.) Pero yo no la pude encender porque el botón estaba muy duro y por eso Kati ha estado toda la noche y toda la mañana sin moverse nada, nada... Porque estaba toda rota... Como estás tú... Y a mí me daba mucha pena. (**Pausa breve.**) Pero antes ya he podido encenderla y ahora Kati ya está bien.

EULOGIA.- (Indulgente.) Mira, Pepín... A la tía no le gusta que le cuentes mentiras...

PEPÍN.- (Interrumpiéndola.) ¡Si yo no cuento mentiras!

EULOGIA.- (Cortante.) ¡Calla y escucha! **(Sigue con tono indulgente.)** Acabas de contarme un montón de cosas que no pueden ser verdad, y ya sabes que decir mentiras no sirve para nada y además está muy feo.

PEPÍN.- (Con media rabieta.) ¡Mira que eres!... ¡Que es verdad, tía, que es verdad!

EULOGIA.- (Acusadora.) ¡Venga hombre, ya está bien de cuentos!... Has dicho que no se te soltó de la correa al cruzar la calle, que es donde únicamente la podían atropellar, luego que la atropelló un coche que bajaba de no sé dónde, que te liaste a patadas con el coche y el chofer, y que este te dio una linterna para curar a la perra, y ahora que ya la has curado y que está bien...

PEPÍN.- (Que ha ido asintiendo con gestos y afirmaciones a cada observación del relato que ha hecho EULOGIA.) Sí... Sí, tía... Que sí, que sí...

EULOGIA.- ¡Ve y que te zurzan, anda! ¡Nos ha jorobao el pavo este! ¡Está visto que no hay fantasía más desbordada que la de un anormal!

PEPÍN.- (Con media rabieta.) ¿Quieres ver como sí es verdad? ¿Tú quieres que traiga a Kati y verás como la he curado?

(Dejando la silla y marcando el mutis a su cuarto.)

¡Pues ahora te la traigo!...

EULOGIA.- (Alarmada.) ¡Oye, tú, ni se te ocurra traerme aquí la perra, eh! ¿Me oyes? ¡Que ya me causó bastante impresión verla ayer lacia como un pingajo!...

PEPÍN.- (Desde el mutis.) ¡Pero es que tú no te quieres creer lo que te estoy diciendo!

EULOGIA.- ¡Pues naturalmente que no!

PEPÍN.- ¡Pues ahora te la traigo!

(Hace mutis rápido.)

EULOGIA.- ¡Ay, que este maldito imbécil me la vuelve a traer! **(Gritando.)** ¡No se te ocurra traer aquí la perra! ¿Me has oído?... ¿Me has oído, Pepín?...

(PEPÍN aparecerá en escena trayendo en sus brazos a una perrita juguetona y completamente sana.)

(Al marcar la entrada, EULOGIA vuelve rápidamente la cabeza en sentido contrario rehuendo mirarla.)

PEPÍN.- Mírala, tía.

EULOGIA.- ¡No quiero verla, no quiero verla! ¡Saca enseguida de aquí a ese animal!...

PEPÍN.- Pero, tía, si Kati ya está buena, ¿es que no la ves?

(Se acerca a la camilla mostrándole la perra y haciendo que la mire. EULOGIA mirará hacia la perra al fin, quedando en silencio, y la observará absorta e incrédula mientras PEPÍN juega con ella.)

¿Ves, tía? ¿Ves como la he curado?

(La deja sobre el suelo y llevándola de la correa paseará con ella por todo el escenario a ritmo de juego.)

EULOGIA.- **(Alucinada.)** ¿Cómo puede ser eso?... ¡Si don José dijo que sólo podía durar unas horas!... ¡Si yo misma la vi anoche toda rota y desarticulada!...

PEPÍN.- **(Volviendo a tomar en brazos a la perra y marcando el mutis con ella.)** ¡Hale, Kati! Ahora que ya te ha visto la tía, te sacaré de aquí porque a la tía no le gustan los perros ni los animales ni las moscas ni nada.

(Mutis al cuarto.)

(Transición durante la cual EULOGIA permanece con la vista fija en la puerta, y que no apartará de PEPÍN cuando este vuelva a entrar, lo cual hará a renglón seguido. PEPÍN, canturreando, va hasta donde quedó su silla, la recoge y se sienta junto al centrito, disponiéndose a mirar los tebeos.)

EULOGIA.- (Al momento, adoptando un tono trascendente y algo maternal.) Pepín... Ven aquí, hijo, que la tía quiere preguntarte unas cuantas cosas.

PEPÍN.- ¿Otra vez? ¡Anda que no eres pesadita!, ¿eh, tía?

EULOGIA.- Venga, Pepín. Sé bueno y la tía te recompensará.

PEPÍN.- ¡Bueno, y a voy!

(Como antes se colocará con su silla a los pies de la camilla.)

¿Qué quieres preguntarme?

EULOGIA.- Antes has dicho que el coche que aplastó a Kati no tenía ruedas.

PEPÍN.- Sí.

EULOGIA.- Y que bajaba de arriba.

PEPÍN.- Sí.

EULOGIA.- ¿Cómo era ese coche?... Anda, cuéntaselo a la tía.

PEPÍN.- Es que no lo sé... Era un coche muy grande...

EULOGIA.- ¿Cuando aplastó a Kati estabas tú solo, o había alguien más jugando allí contigo?

PEPÍN.- Estaba yo solo porque Manolín, que es el que lleva el pastor alemán, ahora está en el campo porque se ha ido a veranear las fiestas al campo.

EULOGIA.- ¿Y viste por dónde se marchó después el coche?

PEPÍN.- (Pensando.) No... No se marchó porque luego yo

me vine con la Kati y él se quedó allí...

EULOGIA.- ¿Y recuerdas cómo era el chofer?... ¿Cómo iba vestido?

PEPÍN.- No sé... Llevaba un mono como el del repartidor del butano, pero no era del color del butano.

EULOGIA.- ¡Vaya, y a salió lo del butano!...

PEPÍN.- Y también llevaba unas gafas muy grandes.

EULOGIA.- ¿Y qué te dijo?

PEPÍN.- No me dijo nada y sólo me miraba... Me miraba mucho y no me dijo nada.

EULOGIA.- ¿Y dices que le diste una patada?

PEPÍN.- Sí, porque él me había roto mi perra.

EULOGIA.- ¿Y tampoco te dijo entonces nada?

PEPÍN.- No, nada. Me miró mucho otra vez y entonces me dio la linterna para que curara a Kati.

EULOGIA.- ¿Y cómo sabías que la linterna era para curar a Kati?

PEPÍN.- Porque el hombre me lo dijo.

EULOGIA.- ¿Pero no acabas de decirme que él no te dijo nada?

PEPÍN.- (**Muy confundido.**) Sí... Bueno, no... Él me miraba mucho y no me dijo nada...

EULOGIA.- (**Pausa.**) Trae aquí esa linterna, Pepín.

PEPÍN.- ¿La linterna?... ¿Y para qué quieres que la traiga?

EULOGIA.- Es que la tía quiere ver cómo es.

PEPÍN.- (**Muy reacio.**) Es que esa linterna es mía y yo no quiero que se me pierda, porque así cuando Kati se suelte de la correa y la atropelle un coche, yo le alumbro con la linterna y Kati se arregla y no le pasa nada.

EULOGIA.- (**Con paciencia.**) La tía no te va a quitar la linterna. Sólo quiere verla...

PEPÍN.- Pero a lo mejor luego se lo cuentas a alguien y luego me la piden y luego me quedo sin ella.

EULOGIA.- No te preocupes, que tampoco le diré a nadie que tú la tienes... Anda, Pepín, sé bueno y enséñasela a la tía.

PEPÍN.- **(Dudando.)** Bien, pero no le has de decir a nadie que yo la tengo, ¿eh?

EULOGIA.- Descuida.

(PEPÍN hace mutis con andar remiso a su cuarto y enseguida regresará trayendo la linterna. Esta, sin tener una apariencia excesivamente «sideral», se apreciará por su aspecto muy claramente que no es una linterna normal, su forma será algo extraña y proyectará luz verde con un foco concentrado y bastante potente, cuando se encienda. Se la mostrará apagada a EULOGIA.)

PEPÍN.- ¿Ves? Esta es la linterna que me dio el hombre del coche y que cura los huesos rotos.

EULOGIA.- **(Sin apartar la vista de ella.)** ¿Y cómo la has utilizado para curar a Kati?

PEPÍN.- Pues alumbrando a Kati con ella. Así...

(Levantando la silla a la altura del pecho, enfoca hacia ella la luz de la linterna de modo que EULOGIA la vea con facilidad.)

EULOGIA.- ¿Y qué hizo Kati cuando la alumbraste?...

PEPÍN.- Pues se puso muy contenta y enseguida empezó a mover la cabeza y enseguida las patas y enseguida el cuerpo y enseguida se levantó.

EULOGIA.- **(Algo nerviosa.)** Pepín, cariño, ¿no estás engañando a la tía?...

PEPÍN.- No, tía, yo no estoy engañándote, porque esta luz verde es muy buena para curar todos los huesos y por eso me la dio el hombre del coche.

(A partir de este momento, encender y apagar la linterna y proyectar el foco sobre todos los muebles y

paredes será el juego que realizará PEPÍN mientras interpreta, teniendo en cuenta que «jamás» iluminará a EULOGIA, hasta el punto de tener buen cuidado de que el foco describa un arco cuando pase por las inmediaciones de la camilla con el fin de evitar que esta pueda recibir la luz. EULOGIA mostrará en toda su interpretación claros signos de nerviosismo, tanto en la voz como en el gesto, que irán «in crescendo» hasta convertirse en evidente deseo de ser iluminada por la linterna, y que ante la negativa de PEPÍN a hacerlo se transformarán en verdadera desesperación. La acción descrita para ambos personajes se desarrollará «ad libitum» sobre el texto que a continuación se escribe.)

EULOGIA.- ¿Qué haces?

PEPÍN.- Estoy jugando con mi linterna.

EULOGIA.- ¡Pepín, hijo, deja de jugar un momento y ponte donde yo pueda verte!

PEPÍN.- Es que ahora quiero seguir jugando.

EULOGIA.- (Pausa breve.) Pepín, por favor, ¡quiero que hagas una cosa!...

PEPÍN.- ¿El qué, tía?

EULOGIA.- ¡Que me alumbres con tu linterna!

PEPÍN.- (Con firmeza.) ¡Ah, no! ¡No quiero!

EULOGIA.- (Sorprendida.) ¿No quieres? ¿Por qué?

PEPÍN.- Porque la linterna me la dio el hombre del coche para que curara a la Kati y si te alumbro a ti a lo mejor te curas tú también.

EULOGIA.- ¿Y tú no quieres que la tía se cure?

PEPÍN.- No. Porque así como estás no me puedes pellizcar y antes de caerte de la escalera sí que me pellizcabas muchas veces y me dabas capones casi todos los días y me estirabas del pelo... Y si te curas a lo mejor me vas a empezar a pellizcar otra vez y a darme capones.

EULOGIA.- No, Pepín, si yo nunca he querido hacerte daño...

PEPÍN.- Que sí, tía, que sí, y una vez me torciste esta oreja

mucho, mucho, y casi me la arrancaste y me estuvo doliendo tres días y más de dos.

EULOGIA.- Mira, Pepín, haz lo que te digo y te prometo que no te haré daño nunca más.

PEPÍN.- No, tía, que te conozco.

EULOGIA.- (**Autoritaria.**) ¡Pepín, alúmbrame!

PEPÍN.- No quiero, tía, no quiero.

EULOGIA.- ¡Te he dicho que me alumbres!

PEPÍN.- ¡Que no, pesada, que no!...

(En algún momento de sus juegos, y mientras EULOGIA, próxima al paroxismo, sigue amenazando unas veces, y otras suplicando, PEPÍN, subido sobre su silla, hace equilibrios colocándose la linterna de pie sobre la frente. En una de estas, la linterna caerá al suelo rompiéndose.)

PEPÍN.- (**Con mezcla de asombro y temor desde lo alto de la silla.**) ¡Ay... se ha roto mi linterna!...

EULOGIA.- (**En la cumbre de la desesperación.**) ¿Qué has hecho, maldito imbécil?... ¡Has roto la linterna, idiota!... ¡la has roto!... (**Llorando con ira.**) ¡Maldito!... ¡Maldito!... ¡¡Maldito seas!!...

(PEPÍN, con un llanto infantil, irá bajando de la silla hasta quedar acurrucado sobre ella, abrazándose ambas piernas, y adoptando una posición fetal, mientras lentamente cae el telón.)

FIN DE LA OBRA